

El alma se sostiene, cuando pienso  
 Que es magnífica en fin la recompensa.  
 O tú, que eres la vida verdadera,  
 En quien mi corazón humilde espera.  
 Admite; ó Dios! bendévolo y propicio,  
 Abrúto desde ahora el sacrificio,  
 Que te pago de los días que me dejas.  
 F'elix mil veces yo si de mi almas  
 Todas las redenciones tan activas.  
 Para que tú, Señor, conmigo vivas,  
 Pues pierdo cada día mi existencia.  
 Haz que escape de mi alma con violencia,  
 Todo lazo mortal que stalla queda:  
 A qué se puede atar si nada queda.  
 Si alguno cuando muero, triste hora  
 Dice de mí: Muero; yo digo: ahora.  
 Ya muero, pues que ya inasablemente  
 Voy perdiendo la vida lentamente.  
 Que acabe en fin cuando mi Dios lo quiera,  
 Esto no es lo que mi alma considera.  
 Y solo le suplico reverente,  
 Que digna la haga su bondad divina.  
 De la vida inmortal que le destino.

## LA GRACIA.

POEMA ESCRITO EN FRANCES

FOR

Luis Racine,

TRADUCIDO AL CASTELLANO

FOR

DON FRANCISCO BUSTOS.

### Noticia del Traductor.

**D**on Francisco Bustos, autor de esta traducción, descendía de una familia de Tehuacan, y nació en Orizaba hácia el último tercio del siglo pasado. Hizo con lustre su carrera literaria en Puebla, pasó al colegio de S. Pablo de la misma ciudad, y sirvió por algunos años el ministerio pastoral. Después entró á la congregacion de S. Felipe Neri en el Oratorio de Orizaba.

Nutrido allí en la soledad, el estudio y la meditación, su alma se hallaba en la situación mas á propósito para penetrarse del espíritu del Poema de la Gracia, cuyo carácter distintivo es un tinte de religiosa melancolía. La posición de Racine cuando le compuso era bastante parecida á la de su traductor. Así es que en la obra de este, se conservan fielmente á nuestro juicio los rasgos geniales, y la fisonomía del original.

La fatalidad que persigue ordinariamente á las obras póstumas, y la circunstancia de no haber podido el traductor dar la última mano á

su libro, han hecho que en las copias manuscritas que de él se conservan en Orizaba, se encuentren algunas lagunas, y no pocos yerros y equivocaciones, de todo lo cual una buena parte será sin duda por culpa de los amanuenses. Nos hemos tomado la licencia de llenar aquellas y corregir de estas las que nos han parecido mas notables, teniendo á la vista el original frances.

El padre Bustos tenia concluida la version del Poema de la Religion, en versos mas pulidos y castigados que estos del de la Gracia, pero se ha perdido el manuscrito. Ambas obras fueron sin duda una especie de desahogo para su autor, cuya vida se consagró toda á las augustas funciones de su ministerio. Lleno de uncion en el púlpito, de blandura y amabilidad en el trato, pobre, caritativo y modesto, era en Orizaba el oráculo del pueblo. Su adhesion á la causa de la insurreccion le atrajo algun ojeriza de parte de los realistas, y quizá le hubiera expuesto á males mas graves, si oportunamente no se hubiera retirado á Tehuacan, donde falleció en 1822. Aun está fragante el olor de sus virtudes en cuantos lugares habitó.

---



---

## LA GRACIA.

---



---

### CANTO PRIMERO.

**E**NEMIGO de vanas ilusiones  
 Que engendra corruptora la mentira,  
 A solo la verdad en mis cantares  
 Me propongo tomar ora por guia.

De ella mi aliento todo recibiendo,  
 En edad que de todo se intimida,  
 Seguiré de S. Próspero las huellas,  
 ¡Ojalá que igual fruto yo consiga!

Vosotros que buscais rimas impuras  
 Do los halagos del placer se pintan,  
 Sobre los castos lienzos que bosquejo  
 Un solo punto no fijeis la vista.

Cuando de la virtud el nombre solo  
 Vuestros pechos perturba y atosiga  
 ¡Ay! ¡cómo os llenará de amarga pena  
 El grave acento de la musa mia!

Huid profanos; la gracia es la que canto,

Fatal escollo á la razon altiva ;  
 La gracia , á que se opone el insensato  
 Con vano orgullo y osadéz impía.

Ya la tímida voz apénas alzan  
 Sus fuertes defensores , y suspiran ,  
 Cuando el cruel enemigo sin embozo  
 Por dó quier de sus triunfos se gloria.

Con lágrimas amargas deplorando  
 De la fe y el amor la llama extinta ,  
 A la presente edad los infortunios  
 De los últimos siglos vaticinan.

En tan grande peligro , no los lloros ,  
 No la voz del dolor se necesita :  
 Si callar hace el miedo á los profetas  
 Que la cólera inflame á la poesía.

Sí Señor , yo mi voz prestar intento  
 A tu causa , del malo combatida :  
 Soldado es todo fiel cuando se atacan  
 Los derechos de Dios en guerra impía.

Pues valeroso á combatir me apresto  
 Por tu gracia , alentado de ella misma ;  
 El laurel logrará mi atrevimiento  
 A pesar de los tiros de la envidia.

Enhorabuena rasgue el libertino  
 Estos renglones que mi amor dedica  
 A tu bondad ; feliz seré mil veces  
 Si padezco por tí tal ignominia.

Concédeme propicio que mi musa

De defender tu causa se haga digna :  
 Que entre todos tus dones generosos  
 Es aquesta la dádiva mas rica.

Por honrarse con ella tus electos  
 A tí sus tiernos votos dirigian :  
 Yo quiero que su vida y que su muerte  
 Sean el dechado de mi muerte y vida.

Dígnate pues de recibir mi celo ,  
 Y sostener mis fuerzas abatidas ,  
 Que por débil que sea , yo nada temo  
 Siendo tuyo el asunto que me anima.

La Gracia es la que canto , el alto precio  
 De la sangre divina que vertía  
 Tu Hijo amado , unigénito , coeterno ,  
 En la tierra manchada y corrompida.

De aquel Hijo que vino á redimirnos  
 Y en quien tienes cifradas tus delicias ,  
 De aquel Hijo que es la única esperanza  
 Del corazon cobarde que palpita.

Mi ardor en sostener tan noble empeño  
 El lo aprueba , y su gracia es quien me anima ;  
 Pero Señor , mi corazon abrasa  
 Al mismo tiempo que mi lengua excita.

Hazme sentir el fuego que tú solo  
 Enciendes en los pechos que iluminas ,  
 Y que en mí se produzcan los efectos  
 Que á los otros mi pluma les describa.

No como aquellos sabios extraviados  
 Que alcanzan desgraciada nombradía ,

Pues conocen la senda verdadera  
 Y el mismo conocer los precipita:  
 Siempre vacíos de amor, aunque adornados  
 De las luces que el vano mundo estima,  
 Llenos siempre de ardor en la disputa,  
 Y helados siempre que á tus piés suplican.

A la voz del Señor formado el mundo  
 Do quier mostraba su beldad nativa:  
 El astro luminoso la carrera  
 Que su dedo le traza, fiel seguía.

Ya las aguas estan aprisionadas  
 Y en inmensos espacios recogidas,  
 El ave tierna alzándose en los aires  
 A Dios en sus conciertos bendecía.  
 Vese completa la obra, pero falta  
 Un soberano que este mundo rija:  
*Hagamos pues el hombre á nuestra imagen,*  
 Dijo el Señor, y así lo verifica.

Apénas es un polvo despreciable,  
 Cuando el aliento del Criador lo anima,  
 Y esta obra sublimada en el instante  
 Conoce todo cuanto á Dios debía.

Las menores urgencias de su dueño  
 Naturaleza atenta prevenia (1),  
 Brindándole los frutos regalados  
 Que en su seno materno fecundiza.

El universo entero se somete  
 A la benigna ley que se le intima,

Y las castas delicias de su dueño  
 Con esfuerzos increíbles solicita.

La fatiga, la sed, la cruel dolencia  
 No turbaban la paz de aquella vida,  
 Y aun la muerte respeta los resortes  
 Que dispuso la eterna economía.

No tendría el niño que sufrir como ahora  
 La ignorancia y el miedo que lo agita,  
 Ni el jóven que domar con dura pena  
 A la carne rebelde y corrompida.

Reinaba en todo el órden, todo estaba  
 Obediente á la ley que se le dicta:  
 El hombre era del bruto respetado,  
 Y fiel él mismo á su Criador temia (2).

El cuerpo siempre dócil, pronto, humilde,  
 Era del alma la mayor delicia;  
 Servidor provechoso, sus mandatos  
 Con presteza y respeto obedecía.

Absorto en atractivos celestiales  
 De los bienes cercado y de las dichas,  
 Puesto en las manos del consejo propio  
 Sin la pena menor Adán vivia (3).

Conservaba sus fuerzas vigorosas,  
 En su pecho reinaba la justicia,  
 Y pudiera correr sin embarazo  
 El sendero que á Dios le conducía.

Su pura voluntad siempre se hallaba  
 De la divina gracia sostenida:

La gracia encaminaba sus deseos:

Así era el alma en santidad nutrida (4).

Es verdad que la gracia en este estado  
Al hombre en su eleccion no prevenia;  
Pero si este socorro le faltara,  
Evitar no pudiera la caida.

Así al astro del dia son nuestros ojos  
Deudores de la luz, no de la vista,  
Pues tienen libertad para cerrarse  
Sin ver la claridad con que ilumina (5).

Tal era el hombre en la inocencia criado;  
Sus pósteros tambien disfrutarian  
Esta ventura de que Adan gozaba  
En el feliz estado en que vivia.

La concepcion del hombre seria casta,  
Los partos sin dolor y entre delicias;  
No fueran ayes las primeras voces  
Con que los nacimientos se publican.

No viéramos entónces á la madre  
Llena de timidez y cobardía  
Seguir los pasós débiles de un hijo  
Que comenzando á andar luego vacila.

No en el invierno sus helados miembros  
Al seno maternal estrecharia,  
Ni triste los castigos le impusiera  
Con que ahora á la razon lo docilita.

Poco del tentador eran las armas  
Parra arrancar del hombre la justicia;

Mas ¡ ay! que esta memoria solo ofrece  
Estéril llanto que el dolor no alivia.

¿ De qué sirve acordarnos de un estado  
Que ántes fué realidad, hoy fantasía;  
Ni para qué pintar felicidades  
De que ya nuestra raza quedó excluida?

Lloremos las miserias que produjo  
De nuestros padres la fatal caida:  
Inundados en lágrimas hablemos  
De nuestra desventura y nuestras cuitas.

Condenados á muerte inevitable (6),  
Y á penosos trabajos y fatigas,  
Estos trabajos y la muerte han sido  
Nuestros menores males y desdichas.

A un cuerpo, esto es, á un rígido tirano  
El alma noble se halla sometida,  
Y á su mismo pesar se ve arrastrada  
A seguir del pecado la malicia.

De mentira y error oscuro velo  
En tinieblas la tiene sumergida,  
Y le oculta la luz resplandeciente  
Que á la mansion celeste la encamina.

Naturaleza entónces tan atenta  
En colmar á los hombres de delicias,  
Cual madrastra hoy se opone á sus placeres,  
Y sentir hace el peso de sus iras.

La madre tierra avara de riquezas  
Las guarda en sus entrañas escondidas (7),

Y para disfrutarlas es forzoso  
Que el sudor nos empape las megillas.

El bruto contra el hombre se rebela;  
La abeja de los reyes es temida;  
Y el que nació para mandarlo todo,  
Tiembla de todo, y todo le intimida.

El hombre unido á la muger produce  
Hijos que heredan todas sus desdichas,  
Marcados con el sello de la culpa  
Frutos de perdicion, objetos de ira.

Rebeldes á los sólidos avisos  
Que la prudencia paternal les dicta,  
Jamás á obedecerlos se sujetan  
Si amenaza y terror no los agujian.

¡Ay! á tan tristes males, engañado  
Por su muger curiosa á par de altiva,  
Adán, el flaco Adán se ve sujeto (8),  
Y su posteridad queda proscripta.

Su delito fué el nuestro, y siendo el padre  
Transgresor de la ley en su alma escrita,  
El reato de la culpa que comete  
Sobre su estirpe toda se deriva.

Del mismo modo el tronco cuando muere  
Ve que todas sus ramas se marchitan:  
E infectada la fuente, se inficionan  
Los arroyos que de ella se deslizan.

Desde este instante el hombre cuando nace  
Solo hereda la fuerza que le inclina  
Al pecado, al error, á la ignorancia,

Efectos de la culpa primitiva.

Con el amor de bienes deleznable,  
Con la sombra de falsas alegrías,  
El vacío llena que dejó en el alma  
El amor de su Dios que se retira.

¡Miserable estado! ¡deplorable suerte!  
Mas funesta, cuanto es ménos sentida (9),  
Pues que se huye el remedio de los males,  
Y se ama la prision que nos cautiva.

¡Hombre infeliz! ¡criatura desgraciada!  
¡Qué se hizo tu nobleza y tu hidalguía?  
¡Dó se encuentra la imagen soberana  
De la augusta Deidad en tí esculpida?

Mas tú la llevas, sí; y aunque borrados  
Sus rayos divinales, todavía  
Se dejan entrever bajo las sombras  
Que á tan bella pintura desaliñan.

A pesar de la noche que lo oculta  
Entre nieblas espesas y sombrías,  
Un vislumbre, un reflejo se descubre  
De su gloria pasada y ya perdida.

Bien como un rey que del augusto trono  
La voluble fortuna precipita (10),  
Y algunos rasgos que en la frente guarda  
Su antiguo estado y esplendor publican.

Una voz en secreto á todas horas,  
Que no es esta su patria le predica,  
Que la tierra es para el fatal destierro,

Que le aguarda en el cielo mejor vida.

Y si no, de los bienes de acá abajo

¿ Cuándo está satisfecha su codicia ?

¡ Ah ! que formada su alma para el cielo ,

Por mas que aquí posea , queda vacia.

Vastos proyectos á menudo forma

De vivir entre gustos y delicias :

Vive entre ellos , mas ¡ ay ! que siempre vive

Con eternos deseos de conseguirlas.

¿ De dónde viene pues esa grandeza ,

Y de dónde una suerte tan mezquina ?

¿ Cómo un ánimo muestra generoso ,

A la par que tan flaca cobardía ?

Mortales, despertad, mirad el puesto

De que la culpa original os priva.

¡ Ah ! bien lo experimento ; no fuí criado

Para la tierra estéril y maligna.

¡ Ay ! ¿ cuándo entrará mi alma en buen consejo ?

¿ Cuándo terminará la lid continua

Que contra ella sostengo alucinado ,

Y que á despecho mio me tiraniza ?

¿ Quién podrá libertarme de este cuerpo

En que solo el pecado predomina ?

¿ Quién podrá desatar estas cadenas ,

Con que mi alma se ve tan oprimida ?

Mi corazon rebelde, y encontrado (11)

Con su propio querer, es un enigma :

Obra el mal que aborrece, y el bien deja

Cuyo precio conoce y grande estima.

Salir quisiera yo del torbellino

De estas inclinaciones enemigas :

Yo quisiera . . . mas ¡ ah ! ¿ de qué me sirve

La voluntad ligera, floja, y tibia.

Voluntad tan incierta como ciega,

Y á pesar de su nada tan erguida :

Pronta para abrazar arduas empresas,

Y sin resolucion para cumplirlas.

Voluntad para el mal tan animada,

Y llena para el bien de cobardia ;

Voluntad solo atenta á descarriarme ;

Voluntad que al abismo me encamina.

Guiados por ella los primeros hombres,

Por seguros no obstante se tenian ;

Mas Dios probar les hace su flaqueza,

Y confunde su necia altanería.

A principes y pueblos numerosos

Abandona á su propia fantasía ;

Y los deja que sigan extraviados

La senda del error y la mentira.

Impurezas, rapiñas y matanzas,

Roto ya el dique, por do quier se miran ;

Y en los templos del crimen tenebrosos,

Es do solo se adora y sacrifica.

A bienes deleznable que para uso

De los hombres su Autor solo destina,

Abusando del don consagran ellos

Sus cultos, sus ofrendas y su vida.



Santuarios se levantan al becerro,  
 Altares se dedican á la encina,  
 Y á todo, ménos al Criador Supremo,  
 Adoracion y culto se prodiga.

De locura el filósofo á sus solas  
 Trata esta religion; mas se intimida  
 De que el pueblo conozca su desprecio,  
 Y sus falaces prácticas imita (12).

No obstante, me diréis, la Grecia tuvo  
 Sus Platones; en Asia Tales brilla:  
 Roma tuvo en Caton un ciudadano  
 De que hasta hoy en sus fastos se gloria.

Decio se sacrifica por su patria,  
 Pierde Lucrecia por su honor la vida,  
 Y á un juramento dado á un enemigo,  
 Régulo con valor se sacrifica.

¡O cristiano! enrojece tu semblante;  
 Avergüéncete al fin tu cobardía;  
 Mas que tú denodados los paganos  
 Las virtudes difíciles practican.

Mas ¡ah! no demos nombre de virtudes  
 A vanas obras que el Señor no estima (13):  
 La raiz que las produce está infectada,  
 Y es forzoso que nazcan corrompidas.

Solo las apariencias tuvo Roma  
 De las virtudes santas y divinas;  
 Y recibió por premio una corona  
 Llena de vanidad como ella misma.

El lustre de sus héroes nos deslumbra,

Y despierta en los ánimos la envidia:  
 Pero el campo que es árido y estéril  
 ¿Puede fructificar buena semilla?

El que á Dios por su padre no conoce,  
 Al demonio es forzoso que le sirva;  
 Quien con Dios no ha sembrado, el grano pierde;  
 No hay medio en ser de muerte ó ser de vida.

Nada es feliz en una tierra ingrata;  
 Y pues de gloria y presuncion se anima,  
 Aun la virtud de Sócrates heroica  
 Ningun mérito ofrece, está marchita.

Roma es virtuosa, y sus virtudes todas  
 Se sostienen del pueblo con la vista:  
 Faltándoles testigos á sus obras,  
 César mismo y Caton se desaniman.

Lloremos, pues, lloremos la miseria  
 De naciones que son tan aplaudidas;  
 Do renombre de justos alcanzaron,  
 Los que ménos hollaron la Justicia (14).

A distinguir de Dios algunos rasgos  
 Sócrates entre todos se aproxima (15)  
 ¿Mas para conocer al Ser Supremo  
 Es menester acaso gran fatiga?

No así en verdad, que el universo todo  
 Con su hermosa estructura nos predica,  
 Que no pudiera del azar la mano  
 Adornarle de tantas maravillas.

El réptil despreciable, el vil gusano,

Desde su humilde estado á todos grita :  
El Señor me formó, y él es tan solo  
Quien me dotó de movimiento y vida.

Todo habla á la razon, todo la enseña,  
Todo la eleva, ilustra y encamina,  
Y que Dios es el árbitro del tiempo  
El dia de hoy al siguiente se lo indica.

Mas ; ah ! que en medio de tan claras luces  
Nada habla al corazon, nada le incita ;  
Llénase todo el hombre, y se enriquece  
Mientras su voluntad queda vacia.

Este es no obstante el homenaje solo  
Que Dios de la criatura solicita :  
Su hostia es el corazon y su holocausto,  
El amor es quien lo honra y glorifica (16).

En vano pues el sabio á duras penas  
De la verdad descubre alguna chispa,  
¿ Está por eso ménos apartado  
De la senda derecha de la vida ?

Al ignorante y rústico plebeyo  
En pecados excede y en malicia,  
Pues conociendo al Hacedor supremo,  
No le tributa la honra que es debida (17).

No arde en su pecho del amor la llama ;  
Sus virtudes severas son perdidas ;  
Su inteligencia débil se evapora,  
Y en imágenes locas se disipa.

Así extraviados los antiguos sabios  
Sin número sus sectas multiplican,

Y perdidos en vanas sutilezas  
Huye á sus ojos la verdad sencilla.

¡ Gran Dios ! no puede la flaqueza humana  
Mostrarse sabia sin tu luz divina :  
El que este honroso título se apropia  
Parece el ménos sabio ante tu vista.

No alcanza la razon ni puede sola  
Curar del hombre la funesta herida (18) ;  
Ni tampoco la ley que Dios escribe  
En piedras duras con su mano misma.

Es la ley sin la gracia solo causa  
De escándalos, pecados y perfidias ;  
Apretando los lazos de la culpa (19)  
Hace esclavas las almas y cautivas.

Yugo importuno, débil elemento (20),  
Ministerio de muerte que intimida,  
Figura y sombra de futuros bienes  
Que no engendra la gracia sino la ira.

Letra que mata y que Moises cual siervo  
En la casa del Padre fiel publica,  
En tanto que cumplidos los anuncios,  
Del Hijo la llegada se realiza.

Así no pudo el palo de Eliseo (21)  
En las manos de Giezi dar la vida  
Al hijo de la madre desolada  
Que su muerte lloraba enternecida.

Solo el profeta de piedad tocado  
Pudo darle el calor que vivifica,

Encogiendo sus miembros dilatados;  
Uniéndose á su carne yerta y fria.

La raza de Jacob en servidumbre  
Añade ingratitude á su perfidia;  
Coje del cielo bienes abundosos  
Sin mostrarse al Señor agradecida (22).

No obstante, en este tiempo Dios se forma  
Algunas veces almas escogidas:  
Hubo ántes de la ley y despues de ella  
Justos llenos de amor y de fe viva.

La Gracia, es cierto, no brillaba entónces  
En su claro y lucido mediodia (23):  
Mas las radiantes luces de su aurora  
Anunciaban su próxima venida.

Esta aurora á los ojos de los justos  
Entrever la ley nueva les hacia,  
Ley cuyos misterios y preceptos,  
En el precepto del amor se cifran.

A loar de esa ley el dulce encanto,  
La celestial beldad, las maravillas,  
Los santos, frutos de ella prematuros,  
Absortos consagraron sus vigiliás.

La culpa original borraba en ellos  
La sangre de la víctima divina,  
Que habia, por redimirlos, de inmolarsé;  
Sangre de que eran la feliz primicia.

Mas si propicio acaso Dios miraba  
Algunos verdaderos israelitas,

Todo el resto á los vicios entregado  
Provocaba rebelde su justicia.  
En vano son enviados los profetas (24):

En vano sus oráculos confirman  
Con señales divinas; y aun en vano  
Amenazan, aterran y fulminan.  
Ese pueblo voltario y siempre ciego,

Apegado á la vil idolatría,  
Desleal á reyes, sordo á los profetas  
Su corazon carnal no circuncida.

Es verdad que en su templo magestuoso  
El fuego sus incienso consumia;  
Y que la sangre humeaba á todas horas  
Del cordero y la simple tortolilla.

Sacrificios inútiles, sin fruto,  
Vanos incienso, víctimas perdidas;  
No podian esas débiles ofrendas  
Borrar de los pecados la malicia.

Dios desecha este templo y holocaustos  
Por una hostia inocente, pura y limpia:  
A la ley de Moises suceder debe  
Otra en los corazones esculpida.

Era forzoso que en el Hijo amado  
Cargase el Padre el peso de sus iras;  
Y entre Dios y los hombres colocado  
El Hijo desarmara su justicia.

Sin él ¡ah! pereceriamos nosotros  
Miseros delincuentes: el Mesías

Muriendo nos enseña del pecado  
 A medir el tamaño y la perfidia.  
 ¡Qué delito! ¡qué culpa tan enorme!  
 Pues la sangre de un Dios se necesita  
 Para ser perdonada á los humanos,  
 Para quedar borrada y extinguida.

El hombre con la culpa inficionado,  
 Se asemeja al viajero, que de heridas  
 Cubierto dejan crueles salteadores  
 En los momentos de exhalar la vida.

Los sacerdotes de la ley le vieron,  
 Y observaron sus duras agonías,  
 Sin poder compasivos aplicarle  
 Eficaces y prontas medicinas.

De las cuitas y duelos de la tierra  
 Al fin movióse la bondad divina:  
 El cielo llovió al justo, y venturoso  
 El reino comenzó de la justicia.

Cantad, hijas de Sion, saltad de gozo:  
 Cantad á vuestro Rey alegres vivas:  
 El pone fin á todos nuestros males,  
 Y os enjuga amoroso las megillas.

Justos, patriarcas, hombres de deseos  
 Que siempre os sostuvisteis con fe viva;  
 Vuestra fe va á tener su recompensa;  
 Vuestras prisiones quedarán rompidas.

Viene el Cordero; el universo todo  
 Nace con su presencia á nueva vida:

El sella con su sangre los tratados  
 Que al hombre con el cielo reconcilian.

El carga sobre sí nuestros pecados,  
 Y por expiarlos en la cruz espira.  
 Rásgase el velo augusto del santuario,  
 Y la ley de Moises queda abolida.

El lugar misterioso queda expuesto  
 A las miradas de profana vista.  
 Del templo, que otras veces habitaba,  
 La Deidad sacrosanta se retira.

Las glorias de este templo misterioso  
 Se convierten en polvo y en ceniza.  
 La anciana Sinagoga es desechada,  
 Y queda en todo el mundo envilecida.

Llega el reino de Dios que se establece  
 En corazones puros y almas limpias (25);  
 Donde en verdad y espíritu lo adoran  
 Los que de ser su pueblo se glorian.

La Iglesia santa al Hijo muy amado  
 El Padre por Esposa le destina:  
 Repúdiase la Esclava; salga sola,  
 Errante, desolada, y fugitiva.

(1) ¡Tristes hijos de Adán! el llanto cese,  
 No en duras penas vuestros pechos giman:  
 De la sangre divina del Cordero  
 La Iglesia nace pura y sin mancilla.

Disípanse las sombras de la noche:  
 Brilla la luz del mas alegre día:

Día que todos los siglos esperaron  
Con deseos fervorosos y ansias vivas.

Día que Abraham en espíritu miraba  
Con transportes y raptos de alegría,  
Y en que el santo anunciado á nuestros padres  
Pone fin á miserias tan crecidas.

Ea mortales, salid del cautiverio,  
Que ya la libertad es restituida:  
No cual siervos Dios quiere que temamos;  
El reino de la Gracia principia.

### CANTO II.

**V**OSOTROS que buscáis la verdad pura,  
Amantes castos de su luz hermosa,  
Mientras esteis atados á este cuerpo,  
No esperéis disfrutar toda su gloria.

Con llanto, con gemidos, con tristeza,  
Se mezcla siempre vida tan penosa:  
;O cristianos! pelead con vuestra Madre,  
Vuestras armas prestadle en su congoja.

Así es, la Iglesia santa aquí en la tierra (1)  
Solo tiene dolores que la agobian:  
Es hija de la cruz; este es su origen:  
Heredera de espinas; esta es su honra.

Es forzoso que en ella el sacrificio  
Se cumpla de la cruz; ella es la esposa;

Y si el esposo muere ensangrentado,  
En sangre debe estar bañada toda (2).

El demonio embravece los imperios;  
Contra ella los irrita y amontona,  
Hierros apresta, cárceles, cadenas,  
Y el sangriento cuchillo y las mazmorras.

Mas; ah!; que en vano su furor excita!  
;Impotente es su rabia y su ponzoña!  
Cuanta mas sangre vierte, es mas fecunda;  
Cuanto mas perseguida, mas hermosa.

Al fin el rey pagano se convierte;  
Sumisa la cerviz la cruz adora;  
Y hace ver que la ley de los cristianos  
Los fueros del imperio no deroga.

El ministro de Apolo, ya ilustrado  
El ídolo sacrilego derroca;  
Y el Capitolio ve precipitarse  
A Júpiter, á Marte, y á Belona.

Triunfa la Iglesia, y en su propio seno  
A gozar va por fin la paz dichosa;  
Mas de nuevo el Averno se conjura  
Y á mas sangrienta guerra la provoca.

La detestable y pérvida heregía  
Sus penetrantes dardos emponzoña,  
Y aunque una y otra vez es combatida,  
Sulca los mares, y un ingles la apoya.

Enarbola Pelagio el estandarte (3),  
Y de la gracia el sacrosanto dogma